

LA LLUVIA EN PARIS

Llega el crepúsculo y llueve sobre París. El hombre de aspecto desmadejado, envuelto en una gabardina de color verde-pardo-moho, descarga todo su peso en el brazo que apoya contra el oscuro tronco de un árbol. Su expresión se ha petrificado en el nivel siguiente al de la desesperación, un paso más allá del dolor y en límite mismo de la rabia. Es la mueca de quien sabe que todo está ya hecho, que no hay marcha atrás, que no hay fuerza que logre quebrar el transcurso de la fatalidad. La mujer camina alejándose de él, dándole la espalda, perdiéndose entre los árboles deshojados que alzan sus ramas desnudas como si por medio de ellas conectaran con un cielo de piedra. Un gendarme, ajeno a todo, arrastra sus zapatos sobre el acero húmedo de la Place de L'Étoile volviendo la cabeza, quizás porque no soporta la visión de la ávida tragadera de héroes del Arco de Triunfo.

Llueve, pues, en el invierno de París aunque en el Agosto de Bilbao el sol reviente la tierra en un sarpullido sudoroso y los árboles giman su ira al viento abrasador. Es lo mismo; siempre llueve en el París dormido de la cubierta de un viejo libro de Remarque y el hombre doliente, aferrando su maletín con un puño crispado, se pregunta por toda la eternidad de papel por qué ha ocurrido esto. Y yo no puedo ayudarle porque tampoco sé la respuesta. ¿Acaso la conoce alguien?

Sí, sí, ya le he visto; puede bajar la mano. Tampoco